



PUBLICACION PERIÓDICA ECONOMICA

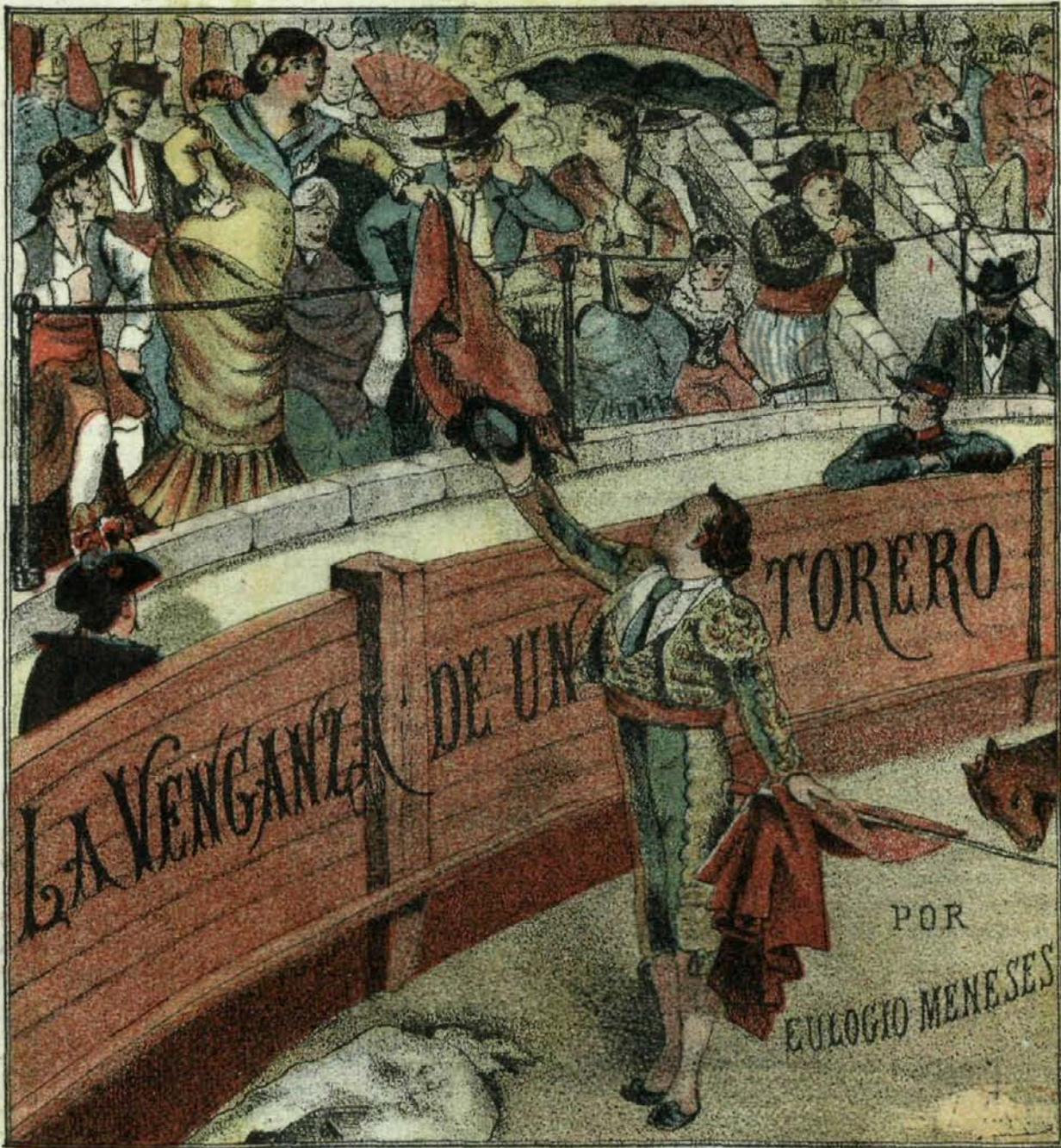
Ed. de la Verdad

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

PRECIOS
 N.º corriente, 15 cént; N.º atrasado, 25
 A los corresponsales, mano de 35 ejemplares, 2,50
 pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 28 de Febrero de 1885

Se admiten suscripciones en toda España abonando
 anticipadamente 24 ejemplares, por 3 pesetas.—La co-
 rrespondencia, reclamaciones y pedidos al administrador
 D. GUILLERMO OSLEB, Espíritu Santo, 18, Madrid.



—Mosa güena, por osté, por su señá mamá y porque mos parta juntos un rayo

LA VENGANZA DE UN TORERO

POR

Eulogio Meneses



n una estrecha callejuela del barrio de Triana de Sevilla vivía en una modestísima casa, hace cosa de diez ó doce años, una linda muchacha, huérfana de padre y madre, conocida en el barrio por *Lolilla la cigarrera*, acompañada de una vieja vecina, llamada la *señá Frasquita*, especie de Celestina jubilada, tan amante de la efigie del rey, troquelada en oro ó plata, que á cambio de algunos ejemplares de la regia efigie, hubiera sido capaz de vender su salvación, si ya su alma no perteneciera á Satanás desde hacía luengos años.

Sin embargo, todas sus malas artes, toda la diplomacia de la vieja proxeneta, se habían estrellado contra la virtud de Lolilla cuantas veces intentó envolverla en las tupidas mallas de sus redes, aguijoneada por las tentadoras ofertas de más de un caballere de desocupado, de esos que acuden diariamente á la puerta de la Fábrica de Tabacos á ver salir aquellas falanges de graciosas muchachas, que con la cabeza llena de flores como un macetero, la mirada chispeante y la sonrisa en los labios, serían capaces de triunfar de las castas resistencias de cualquier bienaventurado San Antonio.

Lolilla tenía un novio: un *melitar de tropa*, como decía la *señá Frasquita*, que estaba cumpliendo sus años de servicio allá en la Isla de Cuba, especie de cementerio que se traga una buena parte de nuestros jóvenes soldados, así voluntarios como forzosos.

Lolilla y Paco Rojas se amaban desde niños; y cuando la suerte le designó para ir á Cuba, juraronse mutuamente conservarse el uno para el otro hasta que pudieran reunirse y realizar la unión que proyectada tenían desde que eran chicuelos, y ya sus padres los designaban con los nombres del «maridito de Lolilla» y la «mujercita de Paco.»

Y aunque entre gente de tropa, la constancia no es la virtud dominante, ni la Fábrica de Tabacos un templo de Vesta, donde se conserve por mucho tiempo ó sin gran trabajo el sagrado fuego de la inocencia, hacía ya cuatro años que ambos amantes venían cumpliendo sus respectivos juramentos con una fidelidad ejemplar.

Paco, allá en las Antillas despreciaba á todas las criollas y mulatas que ponían los ojos tiernos al más buen mozo de los gastadores, y Lolilla rechazaba á bofetadas y bufidos á cuantos seductores iban buscando la posesión de sus pedazos; y pedazos de ciclo eran los de su cuerpo codiciado, dignos de vestir el terciopelo y la seda y de tenderse en los blandos cojines del más elegante landó que se pasease por la Rivera y las Delicias.

La *señá Frasquita*, mercurio de los adoradores de la chica, solía de vez en cuando abordarlas y entonces empezaba la serie de escarceos con que hacen la rueda en torno de su víctima esta clase de brujas dedicadas al tráfico de carne viva.

—¿No sabes, Lolilla?—solía decirle—me he topao, por casualiá, con el señorito que nos siguió la otra tarde desde la Fábrica.

—Y bien, ¿y qué?... contestaba Lolilla haciendo un gracioso mohín.

—Y ná, hija, que dise que te quiere más que á Dió, y que no pué vivir sin tí.

—Pues yo creo que desde que nació, siá mí ha vivió, la respondía la muchacha, y así pué seguir viviendo jata que su Majestad sea servío de mandarle recoger.

—Es que tú te estás perdiendo la suerte, por esperar á tu Paco, que mucho me engaño yo, ó está allá en la Habana liao con alguna guachindanga según hase de tiempo que no te escribe ni da cuenta de su presona por denguna palte.

—Misté, *señá Frasquita*, contestaba Lolilla, á mí se me da esto (y mordía el filo de la uña) de los dineros de ese señorito; y que Paco ma olvidao por otra, es tan incierto como que osté ten a ganao er sielo. Paco está en la guerra, en eso que llaman la Minigua, y no pué escribirme; pero osté verá cuando vaya á la Habana si escribe. Y mientras, osté me hará er favó de no venirme con cuento, que si Paco no se muere ó no me dise que no me quiere ya, yo le he de esperá jata que venga á España dentro de dos año. Conque ya lo sabe osté pa que no me marée ma, *señá Frasquita*.

Ante tan tenaz resistencia, la vieja callaba, mordiéndose los labios con la encía y acatlicando como para estirarlos los dos durós que el señorito le había dado por el mensaje, y que veía no podía multiplicar en la proporción que él le había prometido para el día del triunfo.

En este estado las cosas, Hegó un día en que Lolilla, invitada por unos amigos antiguos de sus padres, fué á los toros una tarde en que mataba un espada llamado Manuel Bejarano (1) (a) *Despilfarro*.

El alias le cuadraba perfectamente, porque jamás individuo de coleta tiró como él el dinero en juergas y mujeres, alabándose de que lo mismo descabellaba un toro, que rendía á una jembra, cuando ésta se le ponía delante de la muleta de sus deseos.

(1) Debe suponerse que éste no era el verdadero nombre del diestro.

Lolilla iba aquella tarde que daba el opio, según el dicho de los mozoletos del barrio que la vieron salir para la plaza.

Sentóse desde muy temprano en la primera grada de sol, y allí, con el calor, cobró nueva hermosura, distinguiéndose entre todas por los colores de su cara semejando sus mejillas á dos rosas bermejas tiradas sobre nieve.

Desde el primer toro *Despilfarro* fijó en ella los ojos, mientras con su cuadrilla capeaba á la fiera, y nunca estuvo más gracioso en sus recortes y verónicas, especialmente cuando por casualidad, ó por él empujado, venía el cornúpeto hacia la grada donde estaba Lolilla sentada.

Al tercer toro, que le tocaba matar, y que por lo bravo llevaba despachada docena y media de cartulinas, y mandados á la enfermería dos picadores, un banderillero y hasta un mozo de plaza, enloqueciendo á la concurrencia que desde hacía muchos años no veía toro como aquel, *Despilfarro*, en vez de dirigirse á la presidencia á brindar, fuése derecho delante de Lolilla, y con la gracia que le distinguía, brindóle el toro en las siguientes frases:

—Mosa güena, por osté, por su seña mamá, y por que mos parta juntos un rayo.

«Desde la princesa altiva, á la que pesca en ruina barca,» no hay mujer que no sienta subirle el orgullo á las mejillas, cuando delante de ocho ó diez mil personas, uno de esos héroes de coleta la rinde la espada y tiende á sus pies la muleta, brindándole una suerte difícil como es la de despachar á un bicho que ha puesto en aprieto á una cuadrilla y ha hecho un ancho girón en la bolsa del empresario de caballos.

Lolilla era de carne y hueso y en aquel momento se creyó levantada sobre un trono de monteras con colgaduras de capotes bordados en oro. Nubló su vista la vanidad, y contentándose con ser objeto de las miradas de los más cercanos y de los gemelos de cien damas y gallardos, ó no gallardos, caballeros, olvidó por un momento al oscuro héroe de la Manígua, quitóse el mantón de crespón encarnado que llevaba, y se lo arrojó á *Despilfarro* diciéndole:

—Moso güeno, vaya la muleta para ese cojo de los cuatro remos.

Despilfarro tomó el mantón, liándolo con gracia al palo, y fuése derecho al toro, que plantado en medio del redondel, con las astas llenas de sangre hasta las cepas y luciendo á cada lado un par de zarzillos de papel rizado, parecía desafiar á toda la cuadrilla y á los millares de espectadores que apludían aquel idilio, tan nuevo en los fastos de la tauromaquia.

Despilfarro citó al toro con la improvisada muleta, dióle dos pasos naturales y tres de pecho, y cuando le hubo parado los pies, tomó posición para darle muerte.

Todavía tuvo sangre fría para volverse de espaldas al cornúpeto y saludar á Lolilla, que de pie sobre la grada esperaba el triunfo del gallardo torero.

Volvió *Despilfarro* á citar al toro; arrancó éste á la carrera, y el espada esperándole á pie firme, le metió la espada por los rubios hasta la cruz.

El toro cayó de rodillas sin decir Jesús.

La plaza se vino abajo á aplausos, y pidió el toro para *Despilfarro*.

Concedido que le fué, cortóle una oreja, envolvióse en el mantón de Lolilla, y yendo hacia el sitio que ésta ocupaba tiróle la primera: diciéndola:

—Prenda, ahí va eso; la muleta me quedo con ella hasta que se la de á osté limpia.

Lolilla le saludó con una graciosa sonrisa, y se sentó llena de orgullo al verse objeto de la envidia de más de una mujer, y no de las de clase más inferior por cierto.

Despilfarro habló al oído á uno de su cuadrilla, y por el pronto pareció el incidente terminado.

Pero cuando al concluir la corrida salía Lolilla del tendido y bajaba por las escaleras hacia la puerta de la plaza, presentóse un mozo con una caja de cartón, y la dijo:

—El señor *Despilfarro* me ha dao esto para osté, niña.

—¿Y qué es eso? contestó Lolilla sorprendida.

—Dise que es su mantón de osté lavao.

—Lolilla abrió la caja en medio de un corro de gente formado por la curiosidad, y de ella se extrajo un magnífico mantón de Manila cuyo coste no bajaría de mil duros.

—Este no es mi mantón, dijo al mozo, este es blanco, y el mio era encarnado.

—Se habrá desteñío, contestó el mozo encogiéndose de hombros, y desapareció aparentemente.

¿Qué remedio? O tirarlo ó ponérselo, y esto último hizo Lolilla, animada por sus acompañantes y más que por nadie, por la seña Frasquita, y en medio de los maliciosos comentarios de los circunstantes.

No dice la historia cómo fué ello; pero es lo cierto que dos días después se veía á las doce de la noche pegado un bulto á la reja de la casa de Lolilla, y que, cuando algún transeunte se fijaba en el nocturno amor, podía distinguir á la luz lejana de un farol moribundo de aceite, asomando bajo el sombrero de anchas alas, una coleta trenzada que denunciaba la clase á que pertenecía aquel Tenorio.

Tampoco dice la historia cómo á los ocho días aquella casita, de la que solían salir alegres notas, lanzadas al aire por una juvenil garganta, se vió de pronto cerrada y con papeletas en su estético balconcillo.

Supónese que la casa se alquilaba, naturalmente, por falta de inquilinos.

¿Los habían también alquilado?

LA VENGANZA DE UN TORERO



—Lolilla, vaya un mantón parecido al que te regalé antes de irme á Cuba

Eso lo verá el lector si sigue acompañándonos en el relato de esta verídica historia.

Dos años después de haber desaparecido de la casita del barrio de Triana Lolilla y la señá Frasquita, un soldado vestido con el uniforme del ejército de Cuba, y que acababa de desembarcar aquella noche, llamaba á la puerta de la expresada casa.

A los repetidos golpes del soldado, asomóse al balconcillo una muchacha y preguntó con malhumorado acento:

—¿Quién llama ahí tan tarde?

—Soy yo, Lolilla; abre, ¿no me conoces?

—Yo no conozco á Vd., ni me llamo Lolilla.

—Pues dígale Vd. á mi novia, que está aquí su Paco.

—¡Ah! que Vd. era el novio de Lolilla la *cigarrera*?

—El mismo, para servir á Vd.; y que lo soy todavía, prenda.

La chica prorumpió en una carcajada, y añadió:

—¿Pues sabe Vd. lo mejor que puede hacer?

—¿El qué, prenda?

—Ir á Barcelona, donde está toreando...

—¿Quién? ¿Lolilla?

—No, su querido *Despilfarro*. Allí está ella también, con que agur, *mosuelo*, y consolarse.

—Oiga Vd., niña, ¿qué es lo que está Vd. diciendo? exclamó Paco creyendo que la muchacha se chancaba.

Pero el balcón volvió á cerrarse, y el licenciado se quedó mirando al cielo sin hallar respuesta á su pregunta.

No atreviéndose á dar un escándalo si insistía, como pensó un momento en llamar á la puerta para exigir una explicación, fuése á la posada, esperando aclarar aquel misterio al otro día.

En efecto, apenas amaneció levantóse sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche, y fuése á rondar la casa que fué de Lolilla, hasta que ya entrada la mañana vió que abrían el balcón y poco después la puerta, entrándose por ella sin pedir permiso á la mujer que acababa de abrirla.

—¿Qué se le ofrece á Vd., amigo? díjole ésta al ver su alterado rostro y descompuestos modales.

—¿Que qué quiero? Pues quiero que la niña que anoche se burló de mí me explique lo que dijo.

A la sazón bajaba ésta por la escalera, y al oír las palabras del militar, se le cuadró enfrente con desenfado, y le dijo con cierta elocuencia torrencial, imposible de atajar, y digna de cualquier diputado de esos que se aprenden sus discursos de memoria.

—Lo que le dije á usted anoche se lo repito ahora, y si no es usted un *jilili*, ya debiera haber comprendido que no me chanco. Usted parece que viene de la

Habana, del otro mundo, y no sabe lo que ha pasado en éste. Lolilla la *cigarrera*, que en efecto tenía un novio con el que nos daba jaqueca diaria en la Fábrica, hace dos años se marchó con el espada *Despilfarro*, que por lo visto la hizo *tilin* porque la regaló un mantón de Manila, porque ella le dió el suyo *colorao* para que le sirviera de muleta en una *corría*. Ahora está en Barcelona, según dicen los papeles que lee el del freidero de la esquina, que es el que lo ha dicho. Con que ya ve usted que yo no me he quedado con usted, y que eso lo saben hasta los perros y los gatos del barrio.

Anonadado Paco con aquella noticia, suplicó humildemente le contasen los pormenores de tan negra traición, y al verle ya más apaciguado, hiciéronle sentar y le refirieron entre tres ó cuatro vecinas, que se quitaban á cada paso la palabra para vaciar el costal de los chismes todos los detalles de la célebre *corrida*, las *peladuras de pava de Lolilla con el torero* durante unos días y su repentina desaparición del barrio que coincidió con la marcha de la cuadrilla á otra capital. Desde entonces no se había, dijeron, vuelto á saber de ella más que una vez que la vió uno del barrio, muy lujosa, en un asiento de valla de la plaza de Valencia, donde toreaba *Despilfarro*, á quien seguía siempre, porque el diestro era muy celoso y no la dejaba en ninguna parte sola.

Despidióse Paco de aquellas mujeres, al parecer tranquilo.

Llegado á la posada, preguntó dónde vivía un antiguo torero inválido, que había tenido mucha fama, y averiguado que hubo su domicilio, trasladóse á él inmediatamente.

Lo que hablaron ó no hablaron no lo dice la historia; ello es que desde aquel día, Paco iba todas las tardes, y con profunda atención oía las explicaciones teóricas que el afamado ex-diestro le daba del arte de Costillares.

Un mes después, y por recomendación del maestro, entraba á formar parte de una cuadrilla dirigida por uno de nuestros más renombrados matadores, tomando un nombre supuesto con el *alias del Cubano*.

Seis meses después eran tales sus progresos en el arte de la lidia, que estudiaba sin cesar, que habiendo pedido por favor al maestro matar un toro, lo hizo con tal maestría, que mereció que éste le diese la alternativa poco después, quedando consagrado espada y formando por su cuenta una cuadrilla, con la que recorrió varias capitales de España.

Lolilla entretanto aumentaba en belleza, siendo la admiración de cuantos conocían á la querida del afortunado diestro *Despilfarro*.

No se explica fácilmente cómo una mujer amante, que había rechazado las sugerencias de la vieja Celestina que tenía á su lado cuando hacía el papel de tercera entre ella y jóvenes de gran posición, pudo ceder tan pronto á las seducciones de un hombre tan grosero como *Despilfarro*.

Y es que para ciertas mujeres no es el brillo del oro lo que las ofusca, sino el papel que el hombre hace en la sociedad; y así como comprendía que amante de un aristocrático ricacho no pasaría de ser la querida de D. Fulano, en el amor del espada veía ciertos halagos á su vanidad, puesto que en la esfera en que debía vivir con él, haría un papel, á su modo de ver, brillante, si *Despilfarro* cumplía cuanto la había prometido que sería á su lado.

En efecto, el diestro derramaba á manos llenas el lujo sobre ella; la hacía respetar de su cuadrilla como á sí propio, dándole todos el nombre de *Maestra*; asistía á las corridas con ese lujo ordinario que consiste en ostentar muchas sedas, muchos encajes y muchas alhajas de gran valor, y era considerada y adulada por todos los señoritos aficionados que rodeaban al Maestro en cuantas capitales trabajaba; presidía los banquetes que éstos daban en honor del diestro, y las juergas con que él pagaba estos obsequios, y enorgullecíase viendo fija la atención de los que la conocían como querida del espada, cuando éste obtenía triunfos en el redondel y venía á su valla á entregarle los cuantiosos regalos que recibía.

Es, pues, natural, que en medio de esta atmósfera de adulaciones, de ruidosas fiestas y de estruendos triunfos, la antes oscura cigarrera se creyese elevada á un trono, y olvidase por completo á aquel pobre soldado que luchaba contra los enemigos de la patria y contra las inclemencias del clima en el osario abierto ante la juventud española que va á Cuba, de grado ó por fuerza, á prestar servicio en aquel ejército.

Paco se había borrado de su memoria

La ciudad de Valencia iba á presenciar una de las más brillantes fiestas taurinas que han conocido los aficionados al arte.

Proyectábase una gran corrida de beneficencia, en la que debían tomar parte seis matadores de fama, los cuales matarían dos toros cada uno de los doce que debían lidiarse, sirviendo ellos solos de cuadrilla para el capeo, banderillazo y muerte de las reses.

Era una corrida en la que sólo tomarían parte, además de los picadores, las primeras notabilidades del arte.

En una de las mejores fondas de la ciudad del Turia se hallaban reunidos la víspera de la corrida

cinco de los seis diestros anunciados en los carteles, y mientras tomaban café recayó la conversación sobre el espada Juan Silvestre (*el Cubano*), ya célebre por sus hazañas taurinas, y que conocían personalmente sólo dos de los matadores presentes.

—¿Ha llegado ya? preguntó *Despilfarro* con cierto aire de desprecio, como siempre que delante de él se hablaba de algún espada que podía hacerle sombra.

—Creo que sí, dijo uno; pero de seguro que no viene á la fonda donde estemos. El *chavó* ese se da un lustre, que parece que á su lado todos los del oficio somos unos monos sabios. Nunca se le ve junto con toreros ni aun con los de su cuadrilla, más que en los momentos precisos de las corridas. No habla con ninguno en la plaza, y apenas concluye, se larga sin decir buenas tardes.

—Pues vamos á ver mañana qué primores hace, replicó *Despilfarro*. Quiero yo ver á esa *notabiliá* haciendo las valentías que dicen.

—No, lo que es eso, contestó otro que era de los que le conocían, no hay que dudar que es un torero de primera, y eso que no lleva un año en el oficio. Capeando, parece que se lleva al toro como un chico se lleva uno de esos patillos de juguete que obedecen á un pedacillo de hierro imantado. Poniendo banderillas, es un primor lo que hace, y matando, no digo nada; es de los de la buena escuela, de los que matan siempre recibiendo y con los pies *paraos*.

—En fin, cabayeros, veremos á esa *ave felix*, dijo levantándose *Despilfarro*, algo contrariado, y entonces hablaremos.

..

Al día siguiente la plaza de Valencia ofrecía como nunca ese aspecto que no puede compararse más que á sí mismo, porque no hay espectáculo en el mundo parecido al de un circo taurino, desde el momento en que se llenan sus gradas, sus palcos y sus vallas de mujeres hermosas ataviadas con el traje clásico español, las más elegantes, ó con vistosos pañuelos, las de más modesta fortuna; de un pueblo ebrio de delirante gozo, que agita abanicos de millares de formas y colores, ó abre sombrillas y paraguas que matizan aquel campo de cabezas, como enormes flores de abierto cáliz sobre una alfombra de agitadas florecillas.

Lolilla la *Cigarrera*, como antes la llamaban en Sevilla, ó la seña Dolores la *Maestra*, como la nombraban las cuadrillas que la conocían, ocupaba la primera valla en la ochava cercana de la puerta del arrastradero.

Estaba espléndida de hermosura y de lujo, y en ella fijaban sus ojos codiciosos los hombres, y llenos de secreta envidia las mujeres.

Llegó la hora de aparecer la cuadrilla, que salió en

orden de batalla, porque siendo todos de la misma *gerarquía* en el oficio, no cabía que unos fuesen delante y otros detrás.

Después de hecho el saludo de ordenanza, tomaron los seis diestros el capate del trabajo, distinguiéndose no obstante el *Cubano*; en la particularidad notable de que; en vez de capote, sacó un mantón de crespon encarnado, con el que había de capear á los bichos.

Sin poderse explicar la causa, Loilla al fijar la atención en esta circunstancia, sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquel mantón era exactamente igual al que sirvió á *Despilfarro* de muleta en la célebre corrida origen de su transformación y de su actual estado.

Recordaba que aquel mantón se lo había regalado Paco, su antiguo novio antes de ir á Cuba, y acaso esto la hizo recordarlo después de mucho tiempo que no se presentaba á su memoria.

Comenzó la brega, y desde el primer toro empezó á llamar la atención el *Cubano*, no conocido aún en la plaza de Valencia.

¡Qué modo de quitar el toro al picador en peligro! Qué trasteo tan fino, y qué serenidad para quebrar la carrera al bicho cuando se le antojaba dejarlo parado ó hacerle arrodillar delante de él.

Despilfarro, que oía los aplausos de la plaza, se encendía de coraje, trataba de competir con el *Cubano*, y aunque se lucía, era pálido cuanto ejecutaba al lado de las mil suertes con que aquél mostraba su agilidad y su conocimiento.

Despilfarro, dándola de galante con sus colegas, dejó que todos matasen primero sus dos bichos, reservándose los dos últimos.

Al matar el *Cubano*, no fué entusiasmo, fué delirio el del público. Sus pases no se habían visto hasta entonces; sus estocadas tenían la limpieza de las de Montes y *Pepe-Hillo*. Sus dos toros murieron de dos buenas recibiendo, y el público pidió para él las víctimas inmoladas por su infalible estoque.

Llególe su turno á *Despilfarro*.

Durante la suerte de varas, hizo maravillas con el capote; pero á cada suerte le seguía el *Cubano* con otra más sorprendente, estableciéndose entre ambos una competencia, que les llevó á un grado de temeridad inaudito, llegando á tirar las capas y defendiendo á los ginetes con las monteras y luego con las manos.

Si *Despilfarro* citaba á la fiera con el pecho, el *Cubano* la citaba de rodillas con la cabeza teniendo los brazos cruzados.

Si el primero se encunaba á propósito y paraba al cornúpeto con su propio cuerpo, el *Cubano* cabalgaba sobre el lomo del feroz bruto, y le espoleaba como un corcel de batalla, aguantando sus saltos y carreras como un *gentleman rider* en la pista de un hipódromo.

Las manos servían al uno de garrocha para saltar sobre el toro.

Pero al punto el otro saltaba sin tocarle, ó emprendiendo veloz carrera, daba un salto mortal sobre los mismos cuernos, como el más consumado gimnasta.

Tocóse á la muerte. *Despilfarro* tomó los trastos, y fué á brindar el toro á su querida.

Esta, que había seguido pálida y emocionada aquella lucha entre los espadas, rivales desde que pusieron los pies en la plaza, hizo como la tarde en que conoció á su amante: quitóse el rico mantón que aquel le regalara, y dijole puesta de pie sobre su asiento:

—Toma y mátale con esto, pero mátale mejor que el otro, ó déjate que el toro te mate.

El *Cubano* pidió á los demás diestros ser él el sólo que auxiliara á *Despilfarro* en la brega, con anuencia de éste.

Despilfarro aceptó.

El público de pie, asistía atento á aquella lucha extraña que se estaba verificando.

Mientras tanto tenía lugar una escena para todos inadvertida entre los dos matadores solos en la arena.

—Compadre, decía por lo bajo *Despilfarro* al *Cubano*, parece que le gusta á usted la competencia.

—Sí, amigo, contestaba éste mientras daba una vuelta al toro para ponérselo bien al espada en ejercicio, sobre todo cuando veo vanidosos como usted.

—Me parece que no le he caído á usted en gracia, ¿eh? replicaba *Despilfarro* dando un pase al toro, que le buscaba el bulto.

—No solo eso, *camará*, sino que le odio á usted con mis cinco sentidos, contestaba el *Cubano* volviendo á pasar al bicho.

—¿Hombre, y por qué? le preguntaba *Despilfarro* mientras liaba el trapo de valor de mil duros al palitroque.

—Porque me ha hecho usted el agravio más grande que hace un hombre á otro.

—¡Qué! ¿ser mejor torero que usted? contestó *Despilfarro* disponiéndose á dar la muerte al bicho, cuya testuz amenazaba ya la punta de su espada.

—No señor; quitarme al amor de toda mi vida.

Despilfarro se estremeció y bajó el estoque.

—¿Pero quién es usted, hombre? le gritó yéndose hacia él sin cuidarse del toro.

En aquel momento sucedió una cosa horrible.

El toro se arrancó de repente, y arremetió con furia al espada desarmado, clavándole el cuerno derecho por un costado haciéndole girar en el aire.

Después le soltó en tierra donde el *Cubano* le cubrió con el mantón encarnado que le servía de capote.

El toro salió de largo, corriendo al otro extremo de la plaza.

Un grito general acompañó á la cogida del diestro, ahogando otro penetrante lanzado por Lolilla, que con las manos cruzadas y los ojos desencajados veía á su amante clavado en las encornadas agujas del cornúpeto.

El *Cubano* se arrodilló al lado de *Despilfarro* que espiraba por momentos, y que aún tuvo fuerzas para decir al *Cubano*:

—Pero no sea usted pesado, ¿quién es usted, que lo sepa yo antes de morir.

—Soy Paco, el novio de Lolilla la Cigarrera.

—¡Maldito seas! exclamó *Despilfarro* dando el último suspiro.

Rodearon el cadáver, no sólo los demás diestros, sino varias personas, que no pudieron contener los agentes de la autoridad en el primer momento, y todos convinieron en que la inexplicable distracción del espada había sido la causa de su inevitable muerte.

El *Cubano* tomó el mantón rojo; fué hacia el sitio que ocupaba Lolilla, y encaramándose hasta ella, díjola al oído en medio del barullo que el accidente del espada muerto había producido:

—Lolilla, vaya un mantón parecido al que te regalé antes de irme á Cuba: tú lo distes á un torero para que matara á un toro, y ahora te lo devuelve otro empapado en la sangre del que te robó á mi amor.

—¡Paco! exclamó Lolilla cayendo desmayada en brazos de la seña Frasquita, que la acompañaba.

Cuando ésta pudo salir de la sorpresa que la causó la exclamación de Lolilla, Paco había desaparecido, dejando sobre su falda el mantón, que manchó de sangre su vestido de seda color de oro con madroños negros.....

.....

Paco no sólo desapareció de pronto de las plazas, sino que no ha vuelto á vérselo por España, de donde indublemente se ausentaría para siempre después de aquel lance en el que satisfizo con meditado encino su sed de venganza, á la que ayudó la misma víctima que ya lo era de la pasión horrible de la envidia.

De Lolilla nadie ha vuelto á ocuparse.

Sabe Dios los derroteros que habrá tomado la que una vez faltó á sus promesas y juramentos y prefirió la borrascosa pasión de un hombre grosero y jactancioso, á las tal vez dulces emociones de un amor puro y á los goces tranquilos del hogar.

FIN

NOVELAS PUBLICADAS

La mujer de dos maridos.—El cuarto de hora de una mujer.—Fanny, historia de un amor desgraciado.—Libia, estrategia de un cazador.—La última carta.—El tesón de un padre.

EN PRENSA

La inocente Juliana.

La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas y contendrá una bonita é interesante novela completa y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente 15 cénts. de peseta
Id. atrasado 25 »

EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado 3 pesetas, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

A los Sres. Corresponsales 2.50 pesetas la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

LA SEMANA ILUSTRADA

REVISTA SEMANAL DE NOTICIAS AL CROMO

Se publica todos los domingos

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	España	Pesetas.
Un semestre		3
Un año.		6
<i>Ultramar y extranjero</i>		
Un año.		20
<i>Venta</i>		
Los 25 ejemplares		1,50

ANUNCIOS

Precios convencionales.

Para suscripciones, reclamaciones y pedidos de cuantos deseen dedicarse á la venta en los pueblos de España, dirigirse á D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18, establecimiento tipo-litográfico.—Madrid.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

